

# EL OBRERO.

PERIÓDICO SEMANAL.—ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE ARTES Y OFICIOS.

Solidariamente responsable.

LA SOCIEDAD.

San José, 29 de Octubre de 1890.

ADMINISTRADOR.

F. S. CAMACHO.

## CONDICIONES.

12 Números ..... \$ 1-00  
Número suelto..... 0-10  
Avisos y remitidos á precios convenciona-  
les.  
Comunicados de interes general GRATIS.

## El Obrero.

### EL FUEGO Y EL AGUA.

*Leyenda geológica  
Escrita expresamente pa-  
ra los lectores de "El  
Obrero."*

En un principio era nuestro planeta un globo de sustancias inflamadas.

Multitud de gaces escapábanse de su hirviente seno y se acumulaban en el vacío, constituyendo una atmósfera densa y sofocante.

Ni el animal, ni la planta existían: el fuego, dominándolo todo, se oponía á la vida de los seres.

No se conocía la alternativa del día y de la noche: un vaporoso tupidísimo velo, ocultando al sol, la luna y las estrellas, se extendía sobre la tierra, que recorría su órbita iluminanda por los resplandores de un incendio.

Pero este estado de cosas no debía durar eternamente. Escrito estaba en el libro del destino que el fuego, señor hasta entonces del universo, fuese destronado por un rival más poderoso.

Obedeciendo á las leyes de la radiación, fué perdiendo nuestro planeta gradualmente su calórico y las primeras capas ígneas se solidificaron.

Ese enfriamiento sintiose en el espacio, y torrentes de agua invadieron el globo, cuya superficie bastante caliente aún, devolvioles de nuevo á las alturas, en eléctricas trombas estremecidas por el trueno y surcadas por cárdenas centellas.

El competidor del fuego se había presentado; el terrible momento de la lucha se aproximaba.

El trabajo de la solidificación del planeta fué avanzando, las materias incandescentes se reconcentraban más y más y, por consiguiente, su influjo térmico iba con rapidez decreciendo.

Una ocasión llegó en que las aguas tornaron á caer y, no encontrando resistencia alguna, de polo á polo, envolvieron la tierra entre espumosas ondas y proclamaron el imperio del océano.

El fuego, hacía ya largo tiempo aletargado, despertó al rumor de los extraños vítores que circulaban por los ámbitos del caos, presintió que le usurpaban el centro de la creación y, sacudiendo como un león embravecido, su melena de llamas, lanzó un rujido de cólera, cartel de desafío que el eco llevó en sus alas al rey de las aguas.

El océano irguió su frente con orgullo y respondió con estentórea voz al que, provocando sus iras, acababa de turbar las jubilosas fiestas de su coronación.

Formidables eran ambos adversarios. El reto arrojado por el uno fué por el otro contestado: el duelo era inminente.

Transcurridos algunos instantes de silencio y quietud, siniestra calma que precede siempre á los grandes cataclismos, un ruido sordo, subterráneo y seguido de leves sacudimientos se hizo notar. El ruido creció y crecieron los sacudimientos; y el océano seplegó sobre sí mismo, disponiéndose bien para impetuosa acometida, bien para una defensa enérgica y firmísima.

De súbito un estruendo honisno llenó las concavidades del espacio; la corteza terrestre crujió, cuartose, estalló y raudales de lavas se precipitaron al exterior por cien hendiduras y quebrajas.

Plutón abandonaba las caldeadas bóvedas de su recinto y venía á disputarle á Neptuno, junto con los laureles de la victaria, el preciado señorío del orbe.

Los dos titanes se encontraron cara á cara y se contemplaron un momento.

El océano entreabrió sus hercúleos, larguísimos brazos y, veloz como el pensamiento, el fuego se arrojó en ellos.

¡Espantoso abrazo!  
Las aguas se arremolinaban mugiendo, y bullían y convertíanse en vapor al contacto del fuego que, cual un enorme pulpo, extendía sus candentes tentáculos, se retorcia y palpitaba asfixiado por el océano que le oprímia contra su pecho húmedo y robusto.

El agua bramaba, el fuego relampageaba; aquella trataba de ahogar á éste, éste pugnaba por destruir á aquella. Ninguno de los dos cedía; el combate parecía interminable; y, en tanto, el paroxismo del planeta continuaba.

Por fin, el fuego se sintió poseído del cansancio, hizo el último supremo esfuerzo y, logrando desahogarse de su triunfante enemigo, se

retiró del campo de batalla vencido y avergonzado.

Cumpliose lo que escrito estaba en el libro del destino.

Entonces el océano sonrió satisfecho, reposó sus fatigados miembros sobre la blandacesta de sus azules orelas y dejó cau el abismo los petrificados despojos de su humillado contrario, primordiales cimientos de los actuales continentes.

Más esta victoria no fué augurio de duradera paz, sino simple señal de tregua.

La lucha á poco sobrevino y se recrudeció en repetidos reñidísimos encuentros; pero el fuego, rendido siempre en estos, veía cada vez menguar su poderío.

Como monumento de tantas y tan portentosas victorias, con el botón cuantioso en esas batallas recogido por él, levantó el océano gigantescos trofeos, á manera de grandiosos obeliscos.

Sobre aquellas piramidales masas de piedra, en medio de un ambiente despejado, lució luego el sol como una gloria y, á la acción de sus fecundizantes rayos las simientes de la vida germinaron: nació el animal; por entre las peñas asomaron las esmeraldinas frondas de los vegetales, empapadas por el rocío de los cielos; las brias, extendiendo las entumecidas alas, ensayaron su primer vuelo; las fuentes derramaron sus ánforas de cristal, desde las montañas á los tendidos valles de hiervas en flor; y el hombre, al cabo apareció, poblando aquellos parajes y haciendo resonar las soledades con el himno de las artes y de la industria.

Cuéntase que entonces el agua admiró extasiada á su hija la tierra, fruto de sus afanes, galardón de sus proezas, presea valiosísima de sus conquistas, y que, atrayéndola hacia sí, la besó en los ojos con amor y delicia.

Alajuela, 12 de Octubre de 1890.

JULIÁN PARREÑO.

Sr. Don Manuel V. Dengo.

Continuación.

Ahora en cuanto á los animales con tanta razón debemos considerarlos, pues aunque les falta la inteligencia, en general nos sobrepujan en dos cualidades, la *paciencia* y la *tolerancia*, y no me explico de donde han sacado ciertas gentes que el animal nació para que el hombre se dé gusto en maltratarlo hasta saciarse.

¿Quién le ha dado al hombre la facultad omnimoda, ya porque es hombre para abusar de la humildad de un ser bruto? Por dicha la mayoría, á causa de la educación que han recibido, desaprueban semejante proceder, pero no por eso deja de haber brutos, mas brutos que los animales, que creen que tienen el derecho de castigar y maltratarlos hasta donde se les antoje. Cabalmente para oponerse á esa clase de brutos es necesaria una sociedad como la que U. ha propuesto que instalemos.

En todo pais civilizado hay asociaciones de esta clase y Costa Rica no debe quedarse atras.

Allí donde hay un ser que sufre, donde quiera que hay necesidad de socorro, siempre el buen corazón de los castarricenses ha latido con cariño y ha demostrado sus magníficos sentimientos en pro de la caridad. Ha señalado U. otro camino del bien, y no dudo por un momento que pronto verá coronados sus esfuerzos para librar á los infelices animales de tanto maltrato, tantas hambres y tantos dolores que hoy día tienen que sufrir.

Para esta clase de sociedad necesitamos del apoyo del Supremo Gobierno, para poner en fuerza la autoridad que ella necesita y conociendo el buen corazón del ilustre Jefe don José J. Rodríguez, no dudo por un momento que él dará de lleno todo el apoyo para llevar á cabo una idea de tanta moralidad, caridad y civilización.

Supilco, Don Manuel, me dispense que he tenido la audacia de escribirle estas cuatro palabras, mal escritas por cierto, pero puedo asegurarle que todo mi corazón está con U. en este asunto. Para mí, esta es la verdadera religión que debe profesar el hombre, La *Caridad*, como U. la indica, es la verdadera escala para llegar al *Cielo*. Que no desmaye U. en su grandiosa obra y que siempre vea coronados sus simpáticos como humanos pensamientos es el deseo de su fiel amigo

y consocio

ROBTO. RIOTTE.

Cuan cierto es que el corazón humano es mas susceptible de inclinarse al mal que al bien y cuanta necesidad tiene el hombre de corregir por todos los medios esos instintos que al desarrollarse hacen de él objeto constante de desprecio.

Fácil y muy fácil es dejar crecer el mal elemento y sencillísimo lanzarnos á su impulso importándonos poco cuanto hay de mas sagrado.—El hombre que solo consulta sus pasiones no puede ser justo en sus juicios: el hombre que permite todos los desahogos á su ira y á su despecho será siempre herido con sus mismas armas.

Las distintas pasiones nos solicitan y atraen como el potente imán á la débil partícula de acero y las almas vulgares jamás procuran oponer dique alguno á la maléfica corriente: como los irracionales, dejanse arrastrar por los